

En fin, el profesor de Múnich recuerda la unidad no sólo entre Cristo y la Iglesia, sino también –en el orden de la praxis– entre fe y vida, naturaleza y gracia, amor a Dios y al prójimo. También aquí rige el principio del *et-et*. De esta manera, es mantenida de modo claro la necesidad de la eclesialidad de la fe como garantía frente a los bandazos que pueden dar las distintas perspectivas individuales. En este orden de cosas, y llegando ya a las conclusiones, Scheffczyk sostiene cómo el cristiano ha de alcanzar –en la práctica– una resolución de dilemas no sólo como fe y vida, sino también conciliando realidades como contemplación y acción, oración y trabajo, mundo y santificación (Marta y María, en definitiva), que a su vez deberá mantener sus oportunas prioridades. Será alcanzada así la necesaria transformación de las realidades terrenas, que se realizará de modo pleno en el *eskatathon*. Para eso es requerida –a la hora de resolver las situaciones prácticas– una unidad y prioridad entre *logos* y *ethos*, entre ortodoxia y ortopraxis, a la vez que el culto se presenta como el mejor garante para mantener tal integridad y prioridad. Serán así, por ejemplo, vencidas las visiones incompletas de una moral autónoma o de la disolución de la fe en el mundo. «Una reforma de la Iglesia que no busque y logre una profundización de la fe será una deformidad que más tarde o más temprano conduciría a la alienación total con el espíritu de los tiempos y a una capitulación espiritual» (p. 362), concluye Scheffczyk.

Pablo BLANCO

Robert SARAH, *Dios o nada. Entrevista sobre la fe con Nicolas Diat*, 3 ed. Madrid: Palabra («Mundo y cristianismo»), 2016, 352 pp., 14 x 21, ISBN 978-84-9061-305-4.

Dieu ou rien: entretien sur la foi es el título original de este libro-entrevista del Cardenal guineano –de Guinea Conakri– Robert Sarah, nombrado por el papa Francisco Prefecto de la Congregación para el Culto divino y la disciplina de los sacramentos. Por su carácter significativo –y aunque son muchos los discursos y mensajes que ha realizado a lo largo de su vida– este libro puede considerarse la *primera obra* del Cardenal Sarah. Salió a la luz a comienzos de 2015 en la editorial francesa Fayard y en pocos meses ha tenido una sobresaliente difusión. Ha sido traducido al inglés, castellano, alemán e italiano, y ha

tenido ya varias reediciones. Además, ha sido presentado en foros importantes y ha recibido numerosos comentarios y elogios de autores muy significativos. Es conocida la carta de Benedicto XVI en la que expresa haber leído el libro de Sarah con «gran provecho espiritual, alegría y gratitud» y en la que remarca: «Es singularmente relevante y profundo lo que afirma acerca de la centralidad de Dios, la celebración de la liturgia y la vida moral de los cristianos».

El libro suscitó desde el comienzo un enorme interés. A ello contribuyó, quizás, el contexto en el que fue publicado, aquellos meses que transcurrieron entre los dos Sínodos de los Obispos sobre la familia, la III Asamblea General Extraordinaria de octubre de 2014 y la XIV Asamblea General Ordinaria sobre la vocación y misión de la familia celebrada del 4 al 25 de octubre de 2015. Pero, sin duda, es la claridad de palabra, el luminoso pensamiento y el testimonio conmovedor de su Autor, lo que hace que este libro brille con luz propia. Una luz que, además, es portadora ejemplar de la vitalidad y la fuerza característica de la Iglesia en África. En efecto, el Cardenal Sarah con su gusto por la sobriedad del lenguaje y su estilo sincero y directo ha sabido aportar claridad a un ambiente en el que, en ocasiones, la belleza del Evangelio parece quedar oscurecida por la confusión doctrinal y la desorientación práctica.

Se trata de un libro fruto de numerosas entrevistas, prolongadas durante varios meses, con el periodista francés Nicolas Diat (cfr. p. 12). El resultado es un texto perspicaz en sus preguntas y de respuestas muy bien trabadas. La pausa y la amplitud con las que Sarah va exponiendo su pensamiento indican que estamos ante un libro trabajado con gran esmero. Esto se ve, por ejemplo, en la riqueza con que son aducidos a lo largo del libro no sólo textos de la Sagrada Escritura y del Magisterio reciente, sino también muchas enseñanzas de los Padres de la Iglesia, especialmente de san Agustín, y de otros santos. Sin embargo, este trabajo esmerado no es suficiente para explicar la altura espiritual e intelectual del libro; ésta sólo se entiende como fruto maduro de una vida de fiel entrega al ministerio episcopal.

Introducido por un breve prólogo de N. Diat, el libro está estructurado en diez capítulos. Los dos primeros, y –en cierto sentido– también el tercero, constituyen una especie de autobiografía en forma de entrevista. El relato de los episodios y experiencias de la vida de R. Sarah que conforman estas páginas es cautivador.

Los signos de Dios en la vida de un niño (pp. 11-51), título bajo el que se recogen los recuerdos de la infancia y del tiempo de preparación para el sacerdocio del Cardenal Sarah, resume bien el tenor del primer capítulo. En

estas páginas autobiográficas, las experiencias humanas y la correspondencia a los dones de Dios quedan entrelazadas como aquellos dos principios esenciales que van haciendo fraguar armónicamente el modo de ser y el modo de verse a sí mismo del Cardenal Sarah. La memoria de su niñez en el poblado de Ourous está marcada por la huella imborrable de sus padres, Claire y Alexandre, y de la vida sencilla y feliz del pueblo *coniagui*, dedicado a las tareas del campo (pp. 18-25; cfr. pp. 42-45). A esos años pertenece también el recuerdo agradecido –y lleno de admiración– de los misioneros espiritanos franceses que con extraordinaria abnegación llevaron a las gentes de Ourous al amor de Dios, y que se hace especialmente intenso en la figura del padre Marcel Bracquemond (pp. 28-30; 38-42): «Nunca olvidaré –dice Sarah, refiriéndose a Bracquemond– al joven sacerdote que fue el primero en hablarme del seminario y de mi vocación, y que ayudó a mis padres a organizar mi viaje hacia una nueva vida, un camino que desde entonces no se ha interrumpido nunca» (p. 42). Estos recuerdos del despuntar de su vida que permanecen tan vivos revelan –así se desprende de las palabras de Sarah– la acción de Dios y la delicada correspondencia de un hombre que sabe que su vocación sacerdotal brota de la Última Cena, en la que «Jesús –dice Sarah– también pensaba en mí y ya había posado su mano sobre mi cabeza» (p. 29). Se comprende así que escriba con sencillez: «jamás dudé de mi vocación» (p. 60).

Con once años salió de su pueblo natal para comenzar los estudios en el seminario menor de San Agustín de Bingerville en Costa de Marfil. Empezaba de este modo un camino en el que los deseos de ser sacerdote y de formarse intelectual y espiritualmente para ello, junto a las dificultades propiciadas especialmente por los problemas políticos de Guinea, le llevarían de regreso a Conakri (pp. 34-38); después a Nancy (Francia) y más tarde al seminario de Sebikotane (Senegal), donde finalizó los estudios previos a la ordenación sacerdotal (pp. 45-51). Son páginas que permiten entrever la radicalidad con que estos años, exigentes y amables al mismo tiempo, prepararon al Cardenal Sarah para vivir de modo gozoso y valiente su sacerdocio y, desde 1979, su ministerio episcopal.

Precisamente a su ministerio sacerdotal y episcopal está dedicado el capítulo segundo, *La estrella de los Reyes Magos* (pp. 53-95). Comienza con su paso por Roma y Jerusalén, enviado por Mons. Tchidimbo para realizar la licenciatura en teología y los estudios bíblicos (cfr. pp. 53-62), y se adentra enseguida en los años de ejercicio del ministerio en la Guinea convulsa de Séku Turé. La dictadura marxista de Turé es descrita con realismo y sin dejar que el paso del

tiempo mitigue la valoración de su crudeza y de las lamentables consecuencias que tuvo para el pueblo guineano. Baste citar como ejemplo unas pocas frases: «La mentira y la violencia eran las armas preferidas de un sistema basado en una ideología marxista destructiva. La economía del país se había hundido y los habitantes de las ciudades padecían una pobreza extrema. [...] Séku Turé, obsesionado por la realización de su plan mesiánico, iba cayendo en una creciente paranoia que le llevaba a ver por todas partes enemigos de la revolución que tramaban su perdición. Guinea estaba herida, asolada y destruida. Hasta su alma se iba reduciendo como una flor marchita» (p. 65). En este sentido el libro de Sarah es una auténtica *memoria de Guinea*: un homenaje hacia su pueblo y hacia su patria. Y es muy lógico que sea así, pues él mismo como arzobispo de Conakri padeció aquella situación en primera persona y fue testigo directo del sufrimiento de su pueblo al que se entregó enteramente. En este sentido, es muy elocuente el discurso que pronunció en su despedida de Guinea, antes de marchar a Roma en noviembre de 2001 (pp. 84-87). La libertad y la fortaleza de Sarah para guiar a la Iglesia de Guinea es un ejemplo de que el ejercicio del ministerio es indisociable de la personal unión con Cristo (cfr. pp. 80-82).

En el capítulo tercero (pp. 97-119), más breve, se relatan algunos aspectos de la huella que los pontificados desde Pío XII hasta Francisco han dejado en la vida de Sarah. En su conjunto, las memorias del Cardenal Sarah, de sus años como arzobispo de Conakri y de su trabajo en la curia Romana son un relato sincero, cargado –en ocasiones– de dramatismo, por las propias circunstancias políticas y sociales en las que tuvo que ejercer su ministerio episcopal. Se trata de memorias, sin embargo, que están impregnadas de un sentido del quehacer de un obispo, de su misión, que mira hacia el futuro. No hay en las páginas de Sarah espacio al recuerdo nostálgico o a la memoria reivindicativa, que con frecuencia caracterizan al género de libros de *memorias*. Estos libros suelen quedar encerrados en los límites propios de un análisis de la realidad que ya pertenece al pasado, el libro de Sarah, en cambio, es un relato lleno de vida.

Hemos prestado especial atención a la primera parte del libro, que da a conocer la figura del Cardenal Sarah, pues es el conocimiento del Autor lo que permite comprender en su justa medida el alcance de las enseñanzas que se contienen en la segunda parte del libro, más doctrinal que biográfico. Los capítulos centrales del libro, *En busca de la Iglesia* (pp. 121-183), *Las piedras angulares y los falsos valores* (pp. 185-200) y *Cuestiones del mundo posmoderno* (pp. 201-237),

reflejan el talante pastoral de Sarah, que –podría decirse– es a la vez romano y africano. Quizás lo más característico de estas páginas del libro, que tratan sobre la misión de la Iglesia y las cuestiones más acuciantes que afectan a la vida de los cristianos, sea el tono *profético*, es decir, el carácter claro de sus enseñanzas y la fortaleza para denunciar la falsedad de planteamientos ideológicos que dañan al hombre. Podría decirse que las páginas de Sarah poseen el estilo propio de los buenos maestros que enseñan *fortiter in re, suaviter in modo*. En este sentido son muy alentadoras las palabras de Sarah sobre la vocación matrimonial y la misión de la familia.

El capítulo siete, *Para permanecer en la verdad*, trata pausadamente de las virtudes de la fe (pp. 239-242), la esperanza y la alegría (pp. 242-245), la misericordia y el perdón (pp. 245-247). Destacan especialmente las páginas dedicadas a la oración (pp. 248-254). Las respuestas de Sarah a las preguntas de Diat son en este terreno especialmente elaboradas. En efecto, la oración es un tema recurrente a lo largo de todo el libro y su centralidad en la vida del cristiano, del sacerdote y de la Iglesia es afirmada de muchas maneras. La oración –afirma, por ejemplo, Sarah al tratar de la formación de los sacerdotes– «es siempre lo primero», «la Iglesia está hecha únicamente para adorar y rezar» (p. 134). A lo largo del libro trata también de la importancia de la vida de oración en su propia existencia: «Los grandes momentos de una vida son las horas de oración y adoración. Alumbran al ser, configuran nuestra verdadera identidad, afianzan una existencia en el misterio. El encuentro cotidiano con el Señor en la oración: ése es el fundamento de mi vida» (p. 82).

Los capítulos octavo y noveno –el primero, sobre cuestiones como el pecado, el escándalo, el mal, el infierno y el diablo (pp. 259-279), y el segundo, sobre la Encíclica *Evangelii gaudium* del papa Francisco (pp. 281-307)– ponen de relieve la especial preocupación del Cardenal Sarah por la formación de los sacerdotes y por la necesidad de reavivar la llamada a la santidad.

Cierra el libro un último capítulo, titulado con la expresión agustiniana *Dios no habla, pero su voz es nítida*, y que viene a ser una especie de compendio final donde vuelven a aparecer muchos de los temas que han ido saliendo a lo largo de la entrevista. En las páginas finales se hace quizás especialmente presente el tono *profético*, al que ya nos hemos referido, con el que el Cardenal Sarah expone sus enseñanzas de manera clara y sincera. Baste recoger, por último, unas palabras muy elocuentes: «Mientras que hay cristianos que mueren por su fe y su fidelidad a Jesús, en Occidente algunos hombres de Iglesia quieren reducir al mínimo las exigencias del Evangelio. [...] En realidad, el verda-

dero escándalo no consiste en la existencia de pecadores, pues para ellos existen siempre la misericordia y el perdón, sino en la confusión entre el bien y el mal que se da entre los pastores católicos. Si hay hombres consagrados a Dios que ya no son capaces de comprender la radicalidad del mensaje del Evangelio y pretenden anestesiarlo, estamos errando el camino. Ahí está la auténtica falta de misericordia» (p. 341).

Puede decirse para concluir que *Dios o nada* es un libro de una gran personalidad que es difícil de clasificar. Es un libro autobiográfico y al mismo tiempo un libro de lectura espiritual, un libro de abundantes enseñanzas magisteriales y un testimonio de fe conmovedor. Quizás el propósito de Sarah al publicar esta entrevista sea llevar a cabo lo que él mismo define como la caridad más grande: «dar a conocer a Dios manifestado en su Hijo en la Cruz» (p. 312).

Miguel BRUGAROLAS

Lewis R. RAMBO and Charles E. FARHADIAN (eds.), *The Oxford Handbook of Religious Conversion*, Oxford-New York: Oxford University Press, 2014, xiii + 803 pp., 17,5 x 25,5, ISBN 978-0-19-533852-2.

Las conversiones religiosas, tanto de individuos como de comunidades, han sido desde siempre un importante factor transformador de personas, pueblos y culturas. Las experiencias de cambio espiritual de personajes como Buda, Confucio, Asoka, Pablo de Tarso o Mahoma son ejemplos concretos de cómo la conversión religiosa ha inspirado algunos de los más grandes cambios de la historia de la humanidad. Y es que este fenómeno posee un enorme poder para modificar la manera en que los seres humanos comprenden y afrontan sus propias vidas, el ámbito de lo divino, el cosmos y el entorno natural.

Si el tema de la conversión religiosa ha sido objeto de reflexión académica ya desde finales del siglo XIX, hoy en día este interés se ha multiplicado extraordinariamente, conquistando un lugar cada vez más significativo en los departamentos universitarios de estudios sobre la religión de todo el mundo. Son varias las circunstancias que confluyen en este florecimiento. Por un lado, están los nuevos contextos nacidos con la globalización social y cultural que, además de favorecer el intercambio religioso, han provocado un mayor flujo de las personas entre las distintas confesiones y credos. Por otro lado, hay que